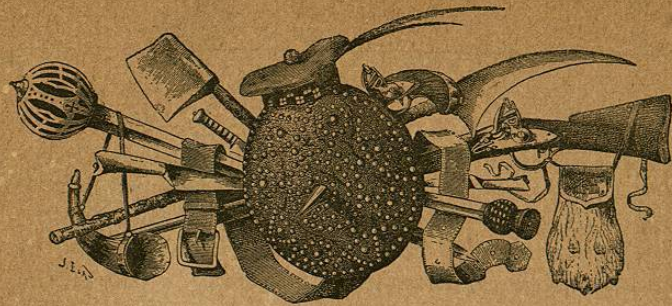


fáciles de lograr con mediana constancia y con una biblioteca de muchos cuerpos.

Mas si esto falta, á veces, en alguna de las novelas de Walter Scott, aparecen en ellas en cambio, de un modo muy señalado, otros méritos que no obtienen ni obtendrán nunca la mera laboriosidad y la paciente lectura. Walter Scott supo adivinar el genio, el alma de las épocas que describió en sus novelas; las pasiones y los vicios de sus personajes pintan con viveza lo que constituía el fondo de la sociedad en el tiempo en que la acción se desarrolla; cada una de sus figuras es un retrato completo, sin abstracciones retóricas, sin recursos de convención, antes con la naturalidad, con la espontaneidad y el encanto de quien ha estudiado profundamente el corazón humano, ha leído bien en el libro de la Historia, y de lo que existe y existirá siempre, y de lo que ha existido en pasados siglos, ha sabido trazar animadas narraciones, en las cuales resplandece, por soberbia manera, el ingenio del historiador, del poeta y del artista.

Walter Scott, además, juzga los tiempos y las generaciones que fueron con una imparcialidad y con un elevado criterio que constituye su mejor elogio y de que saca provechosa enseñanza el lector discreto. Solo en ciertos momentos abandona algo este camino llevado de preocupaciones propias de la secta á que pertenecía; preocupaciones que sin embargo no ejercerán influencia alguna dañosa en el ánimo de quien leyere sus novelas, teniendo presente esta advertencia. Así lo han entendido los muchos escritores católicos que han ensalzado á Walter Scott y recomendado la lectura de sus obras con la salvedad antedicha. Por todas estas razones, pues, hemos resuelto reproducir sus bellísimas NOVELAS, empezando por ROB ROY que forma el asunto de este volumen y del que ha de seguirle.



## CAPÍTULO PRIMERO.

¿Qué mal he hecho para que caiga sobre mí tan cruel aflicción? Ya no tengo hijos y ni siquiera aquél me pertenece. La maldición, que me persigue, pesa sobre su cabeza; si, ella es la que así te ha cambiado. ¿Viajar? Algun día enviaré á viajar mi caballo.

BEAUMONT Y FLETCHER. — Mr. Thomas.

**H**ABEISME rogado, mi querido Tresham, que dedique una parte de los ocios con que la Providencia ha bendecido el término de mi carrera, á consignar, por escrito, las pruebas y vicisitudes que señalaron el principio de ella.

El recuerdo de esas aventuras, según os place apellidarlas, ha dejado, en verdad, sobre mí una huella viva y duradera de goce y de pesar, y no la experimento jamás sin un profundo sentimiento de gratitud y de devoción hácia el soberano Árbitro de las cosas humanas que ha guiado mis pasos á través de un dédalo de obstáculos y de peligros. ¡Contraste que infunde un encanto más á la dichosa paz de mis postreros días!

Debo, asimismo, deferir á una opinión que á menudo habéis

manifestado. Los acontecimientos en que me he visto envuelto dentro de un pueblo cuyo proceder y cuyas costumbres son aún tan particulares, ofrecen su lado pintoresco y atractivo para quienes gustan de oír á un anciano hablar de los pasados tiempos.

No echéis en olvido, empero, que ciertas narraciones que se han contado entre amigos pierden la mitad de su valor cuando se confían al papel, y que las historias en que el oído ha tomado interés, no bien salen de labios del mismo que ha desempeñado su parte en ellas, parecen menos dignas de atención leídas en el silencio del gabinete. Y ya que una florida ancianidad y una salud robusta os prometen, con toda probabilidad, existencia más dilatada que la mía, encerrad estas páginas en algún secreto cajón de vuestro escritorio hasta tanto que nos hayamos separado el uno del otro por un acontecimiento que puede sobrevenir á cualquiera hora y que sobrevendrá dentro de pocos, sí, dentro de pocos años. Cuando nos habremos separado en este mundo, para encontrarnos, (así lo espero) en otro mundo mejor, seguro estoy de que apreciaréis, más que los méritos, la memoria del amigo que ya no existirá, y entonces, en las circunstancias cuyo cuadro voy á trazar, hallaréis asunto para reflexiones tal vez melancólicas, pero no faltas de atractivo.

Hay quién lega á sus más caros confidentes una imagen de lo que fué algún día: yo deposito en vuestras manos la exposición fiel de mis ideas y sentimientos, de mis errores y cualidades, en la firme esperanza de que las locuras y los azares de mi juventud hallarán en vos el mismo juez indulgente y bueno que más de una vez ha reparado las faltas de mi edad madura.

Una de las ventajas que, entre otras muchas, tiene el dedicar á un amigo íntimo las propias memorias, (palabra asaz solemne aplicada á mis humildes hojas) es la de prescindir de ciertos detalles inútiles para él y que, indispensables para un extraño, le distraerían de cosas más interesantes. ¿Hay necesidad alguna de imponeros el fastidio so pretexto de que estáis á mi disposición y de que tengo delante de mí tinta, papel y

tiempo? Respecto á no abusar de ocasión tan tentadora para hablar de mí y de lo que me interesa, hasta dentro de cosas que os son familiares, no me atrevo á prometerlo. El gusto de referir, sobre todo cuando somos héroes del relato, hace á menudo perder de vista las atenciones debidas á la paciencia y al goce de nuestros oyentes. Los mejores y los más sabios han sucumbido á la tentación.

Básteme recordaros un singular ejemplo que tomaré de esa edición original, una de las más raras, de las memorias de Sully, la cual, con el entusiasta orgullo de un bibliófilo, ponéis por encima de aquella en que se ha sustituido su forma por la más cómoda de una narración histórica. Para mí lo curioso de ellas está en ver hasta qué grado de debilidad el autor las sacrifica al sentimiento de su importancia personal.

Si mal no recuerdo, aquel venerable señor, aquel gran político había encargado simultáneamente á cuatro gentil-hombres de su casa el poner en orden los diarios y memorias de su vida bajo el título de *Memorias de las sabias y reales Economías de Estado, domésticas, políticas y militares de Enrique el Grande*, etc. Dispuesta la compilación, los graves analistas entresacaron de ella los elementos para una narración biográfica, dedicada á su señor, *in propria persona*. Y hé aquí cómo Sully, en vez de hablar en tercera, como Julio César, ó en primera, como la mayoría de los que, en el apogeo de la grandeza ó desde su gabinete de estudio, se proponen contar su vida: hé aquí, repito, cómo disfrutó el tan refinado cuanto singular placer de hacerse reproducir sus recuerdos por los secretarios siendo con ello á la vez oyente, héroe y probablemente autor de todo el libro. ¿No estáis viendo al antiguo ministro, tieso como una estaca, en su gorguera abollada y en su jubon colante galoneado de oro, pomposamente sentado bajo dosel, prestando oído á los compiladores? ¡Espectáculo curioso! Y los últimos, descubierta la cabeza, le repetirían ceremoniosamente: «Así discurreis... El señor rey puso en vuestras manos los despachos... Y emprendisteis de nuevo la marcha... Tales fueron los secretos avisos que disteis al señor rey...»: cosas todas que él se

sabía mejor que cualquiera de ellos y cuyo conocimiento había adquirido por él mismo.

Sin hallarse precisamente en la posición, un tanto grotesca, del gran Sully, no fuera ménos ridiculo en Francis Osbaldistone el disertar prolijamente con William Tresham acerca de su nacimiento, de su educación y de sus lazos de parentesco. Lucharé, por tanto, lo mejor que sepa, contra el demonio del amor propio y procuraré no hablar palabra de lo que ya os es conocido. Cosas, empero, habrá que deba recordar, porque, aparte el haber decidido de mi destino, el tiempo las haya quizá borrado de vuestra memoria.

Debéis haber conservado el recuerdo de mi padre, puesto que, estando á él asociado el vuestro, le conocisteis desde vuestra infancia. Habían ya pasado para él sus días felices, y la edad y las dolencias amortiguado aquel ardor que desplegaba en sus especulaciones y empresas. Hubiera sido menos rico, sin duda, pero igualmente dichoso tal vez, si hubiese consagrado al progreso de las ciencias, aquella voluntad de hierro, aquella viva inteligencia y aquella mirada de águila que puso al servicio de las operaciones comerciales. No obstante, se halla en sus vicisitudes atrativo bastante poderoso para fascinar á un espíritu audáz hasta dejando á un lado el afán de lucro. Quién fia la embarcación á las inconstantes olas debe unir la experiencia del piloto á la firmeza del navegante, y, áun así, se expone á naufragar si el soplo de la fortuna no le es propicio.

Mezcla de vigilancia obligatoria y de azar inevitable, ofrécese á menudo la terrible alternativa: ¿triunfará la prudencia de la fortuna, ó la fortuna derribará los cálculos de la prudencia? — Y entonces se ponen de relieve las fuerzas múltiples del alma á la par de sus sentimientos, y el comercio adquiere todo el prestigio del juego sin presentar la inmoralidad de éste.

En 1715, cuando no había cumplido yo mis veinte años, — ¡Dios me valga! — fuí llamado bruscamente desde Burdeos á Londres para recibir de mi padre un importante aviso.

No olvidaré en mi vida nuestra primera entrevista.

Al dar disposiciones á los que tenía cerca de sí, mi padre había adquirido la costumbre de usar un tono breve, cortado, un tanto duro. Paréceme estarle viendo aún como si fuera ayer: erguido y firme el talle, el paso vivo y seguro, claros y penetrantes los ojos, la frente surcada por las arrugas; y me parece oír su palabra limpia y precisa, y su voz, cuya accidental sequedad estaba muy lejos de ser la de su corazón.

No bien me hube apeado, corrí al gabinete de mi padre. Éste se paseaba con aire grave y sério. La súbita presencia de su hijo único, á quien no había visto desde cuatro años atrás, no alteró en lo más mínimo su sangre fría. Arrojéme á sus brazos. Era bueno, sin ser tierno, y una lágrima, debilidad del momento, humedeció sus párpados.

— Dubourg me ha escrito que está contento de vos, Frank; me dijo.

— Celebro, señor...

— Pero yo... yo tengo ménos motivo para estarlo; — añadió apoyándose en su escritorio.

— Siento mucho, señor...

— ¡Celebro! ¡Siento!... Palabras que, las más de las veces, nada ó poca cosa significan. Ved vuestra última carta.

Sacóla de entre multitud de otras liadas con un bramante encarnado y cuidadosamente agrupadas y rotuladas. Allá yacía mi pobre epístola motivada por un asunto que interesaba mucho á mi corazón y escrita en los términos más propios, según yo, para conmover, sinó para convencer, á mi padre; allá, repito, yacía envuelta en un paquete de papelotes de exclusivo interés comercial.

No pude contener una sonrisa, pensando en el sentimiento de vanidad herida y de mortificación con el cual contemplaba yo mi demanda, fruto de penosa labor, (puede creérseme) extraída de un lio de cartas-órdenes ó de crédito, de todo el vulgar enjambre de una correspondencia mercantil. «Indudablemente — pensé para mí — una carta de tamaña importancia (y tan bien escrita, aunque no osara confesármelo,) merecía

lugar aparte y, sobre todo, examen más serio que aquellas en que se trata de comercio y de banca.»

Mi padre no notó mi disgusto y, aunque lo observara, no le hubiera preocupado en lo más mínimo. Con la carta en una de sus manos, prosiguió:



— Esta es vuestra carta, Frank, fecha del 21 del próximo pasado. En ella me significais — y aquí recorrió con la vista algunos pasajes, — que en el momento de abrazar una carrera,

negocio de gran trascendencia para la vida, esperáis que mi bondad paternal os concederá, al ménos, la alternativa en la elección; que existen impedimentos... Si, realmente existen impedimentos y, entre paréntesis, ¿no sabríais escribir de un modo más inteligible, poniendo los correspondientes tildes á vuestras *ll* y abriendo los rizados de vuestras *ss*?... Impedimentos invencibles para el plan que os he propuesto... Habláis largo sobre el particular, pues habéis llenado cuatro caras de buen papel para lo que, mediante algún esfuerzo en ser claro y limpio, hubierais podido resumir en cuatro líneas. En una palabra, Frank, vuestra carta se reduce á lo siguiente: á que no queréis cumplir con mi voluntad.

— Lo que equivale á decir, en el presente caso, que no puedo acceder á ella.

— Yo me preocupo muy poco con las palabras, muchacho: — dijo mi padre, cuya inflexibilidad presentaba las apariencias de una calma imperturbable. — A veces es más urbano decir *no puedo* que decir *no quiero*: convenido; pero son frases sinónimas cuando no existe imposibilidad moral. Por lo demás, á mí no me gusta atropellar los negocios. Seguiremos después de comer... ; Owen!

Owen compareció. No tenían aún sus cabellos aquella blancura de plata que debían dar á su vejez un aspecto tan venerable, porque á la sazón no había cumplido sus cincuenta años. Vestía, si, como vistió toda su vida: levitón color de avellanas, chaleco y calzón de lo mismo, media de seda gris perla, zapatos con hebillas de plata, bocamangas de batista bien plegadas y ceñidas sobre sus manos, las cuales bocamangas, una vez en el despacho, internaba cuidadosamente á fin de preservarlas de las manchas de tinta. En una palabra, presentaba aquel aspecto grave y solemne, pero bondadoso, que distinguió hasta su muerte, al dependiente principal de la importante casa Osbaldistone y Tresham.

Después que el viejo y buen empleado me hubo dado un afectuoso apretón de mano:

— Owen, — le dijo mi padre, — hoy comerás con nosotros

para saber las noticias que nos trae Frank de nuestros amigos de Burdeos.

Saludó de un solo trazo para expresar su respetuosa gratitud, pues en aquella época en que la distancia entre inferiores y superiores se mantenía con un rigor desconocido por la nuestra, una invitación como la indicada significaba señalado favor.

Aquella comida no se borrará, durante largo tiempo, de mi memoria.

Bajo la influencia de la inquietud que me oprimía y de un concentrado enojo, era incapaz de tomar en la conversación la parte activa que anhelaba mi padre y acontecióme varias veces que respondí bastante mal á las preguntas con que me abrumaba. Fluctuando entre su respeto al jefe de la casa y su cariño al muchacho que, en otro tiempo, había hecho saltar sobre sus rodillas, Owen se esforzaba, con el celo tímido del aliado de una nación invadida, en explicar, á cada uno de mis errores, lo que yo había querido decir, cubriendo mi retirada. Mas semejantes maniobras de salvación, lejos de socorrerme, no hicieron sinó redoblar el mal humor de mi padre, quien descargó parte del mismo sobre mi oficioso defensor.

Durante mi estancia en casa Dubourg, mi conducta no se había parecido, en verdad, á la de

*El pasante de notario  
Nacido para causar  
De un padre la irritación,  
Pues en vez de trabajar  
Borroneando un inventario,  
Borroneaba una canción.*

Pero, hablando francamente, sólo había trabajado yo lo preciso para obtener buenos informes del francés, antiguo corresponsal de la casa encargado de iniciarme en los arcanos del comercio. En mi colocación, habíame dedicado, principalmente, al estudio de las letras y á los ejercicios corporales. Ese doble género de aptitudes no era, no, antipático á mi padre, ni mucho

menos. Tenía demasiado buen sentido para ignorar que constituyen uno de los más nobles ornamentos del hombre y estaba persuadido de que añadirían relieve y dignidad á la carrera que yo debía seguir. Su ambición rayaba más alto todavía: no me destinaba á sucederle sólo en sus bienes, sí que también en aquel espíritu de vastas combinaciones que permiten extender y perpetuar una pingüe herencia.

Amaba su estado, y tal era el motivo que ponía por encima de todo para obligarme á tomarlo, sin dejar de tener otros motivos cuyo secreto no averigüé hasta más adelante. Tan entusiasta como hábil y audaz en sus proyectos, cada empresa coronada por el éxito le servía de grada para elevarse á nuevas especulaciones cuyos medios suministraba ella misma. Caminar, como conquistador insaciable, de victoria en victoria, sin pararse á asegurar el fruto de sus triunfos, y mucho menos para disfrutarlos: tal parecía ser su destino. Acostumbrado á ver oscilar su fortuna toda en la balanza del azar; fértil en recursos para hacerla inclinar á su favor, nunca se sentía tan bien, ni desplegaba mayor decisión y energía que cuando disputaba su provecho á las conmovedoras vicisitudes del acaso. Semejábase, en ello, al marinero que menosprecia sin cesar las olas y el enemigo, y cuya confianza se redobla en el momento del combate ó de la tempestad.

Con todo, no se le ocultaba que bastarían los años ó una enfermedad accidental para abatir sus fuerzas, y ansiaba ardentemente hacer de mí un auxiliar á quien sus caducas manos pudieran confiar el timón, capaz de dirigir la marcha del buque con el auxilio de sus consejos é instrucciones.

M. Tresham, aunque tenía su fortuna entera colocada en la casa, era sólo, según frase corriente, un sócio comanditario; Owen, de una probidad á toda prueba y excelente calculista, prestaba inestimables servicios al frente de las oficinas, pero le faltaban los conocimientos y el génio necesarios para confiársele la dirección general. Caso de fallecer repentinamente mi padre, ¿qué sucedería al sin número de proyectos concebidos por él, si su hijo, preparado desde larga fecha á los contra-

tiempos del comercio, no estuviese en disposición de sostener la carga que depondría el viejo Atlas? ¿Qué sería de su propio hijo si, ajeno á esa clase de negocios, se hallase de improviso envuelto en un laberinto de especulaciones, sin la experiencia necesaria para orientarse en él?



Francis Osvaldistone.

Tales eran las razones, ostensibles ú ocultas, que habían determinado á mi padre á hacerme seguir su estado, y, una vez resuelto, nada de este mundo hubiera podido disuadirle. No obstante, estaba yo tan interesado en ello, que hubiera debido concedérseme antes la palabra en el asunto. A una obs-

tinación tan aferrada á la suya, hubiera opuesto, por mi parte, una resolución formada y diametralmente contraria.

Mi resistencia á las aspiraciones de mi padre no dejaba de tener, pues, su excusa. No distinguía, claramente, cuáles eran los motivos que le animaban, ni hasta qué punto dependía de ellos su tranquilidad. Creyendo seguro el disfrutar, algún día, de una inmensa fortuna, y en la espera de una renta considerable, no se me había ocurrido que fuera necesario, para adquirir los aludidos bienes, someterme á violencia alguna y á trabajos que repugnaban á mi carácter y á mis aficiones. En la proposición de mi padre no veía más que el deseo de acrecer, por mis manos, aquel cúmulo de riquezas que él había reunido ya. Mejor juez que él respecto á los medios de procurarme la dicha, ¿era verdaderamente tal el de dedicarme al acrecentamiento de una fortuna que me parecía bastar, de sobras, para las exigencias de una vida de sociedad? No era esa mi convicción.

Hé ahí porqué, fuerza es repetirlo, mi estancia en Burdeos no había correspondido á las esperanzas paternas. Lo que mi padre estimaba como asunto principal no era para mí de consecuencias y, á no retenerme el deber, ni siquiera habría preocupado mi atención. Dubourg, nuestro corresponsal único, (cualidad que le valía cuantiosos beneficios) era un compadre demasiado ladino para dar al jefe de la casa noticias que hubieran disgustado á padre é hijo simultáneamente; y tal vez, conforme se verá, cuidaba de servir sus propios intereses al permitirme descuidar el estudio para el cual se me había puesto bajo su tutela.

Mi sistema de vida era, en su casa, muy metódico, y, por lo tocante á costumbres y comportamiento, nada tenía que echarme en cara. Mas, en presencia de defectos peores que la negligencia y el desvío del comercio, ¿quién sabe si el astuto perillán no habría mostrado complacencia idéntica? Sea como quiera, viéndome destinar una buena parte del día á las ocupaciones que él me señalaba, le importaba poco averiguar en qué pasaba yo el resto, y no le parecía mal el verme hojear Cor-

neille y Boileau en lugar de cualquier viejo manual de comercio ó de banca.

En su correspondencia inglesa y en uno ú otro pasaje, Dubourg no dejaba de hacer deslizar la siguiente frase cómoda que había leído en alguna parte: «Vuestro hijo es cuanto un padre puede desear.» Frase pesada en fuerza de repetida, pero que no tuvo el dón de despertar inquietud alguna en mi padre, por ofrecer un sentido claro y preciso. En materia de estilo, ni el mismo Addison hubiera podido facilitar modismos más satisfactorios que éstos: «Al recibo de la vuestra de... Habiendo dispensado buena acogida á los incluidos billetes, cuyo detalle va á continuación...»

Sabiendo, pues, perfectamente lo que de mí se prometía, y bajo las constantes seguridades de Dubourg, mi padre no dudó un instante de que llegaría yo al punto en que deseaba verme.

Sobrevino la epístola, escrita en un día de desgracia y en la que, despues de prolijas y elocuentes excusas, declinaba yo la honra de ocupar una plaza, un pupitre y un taburete en un rincón de las sombrías oficinas de Crane Alley: pupitre y taburete más elevados que los de Owen y de otros empleados, y que no cedía más que al trípode del mismo principal.

Desde entónces fué todo de mal en peor. Las misivas de Dubourg se hicieron tan sospechosas como si hubiese consentido la protesta de su firma, y fui muy luego llamado á Londres donde me aguardaba el recibimiento que acabo de referir.



MONTERREY, N. L.

## CAPÍTULO II.

Comienzo á sospechar de veras que el caballerito tiene un terrible defecto: el de hacer versos. Si se halla contagiado por ese frívolo mal, no hay esperanza de hacer carrera de él. Está perdido como ciudadano, si persiste todavía en rimar.

BEN JONSON. — *La Fèria de San Bartolomé.*

**R**OR punto general, sabía mi padre dominarse perfectamente, y rara vez su cólera se manifestaba de otro modo que en tono seco y duro con aquellos que la habían provocado. Jamás se expresaba con señales de arrebató ni con amenazas. Infundía en todo, su espíritu de sistema, siendo su costumbre la de ejecutar *lo necesario* según los casos y sin frases inútiles.

Con sonrisa poco halagüeña, pues, escuchó mis sumarias contestaciones acerca del estado del comercio en Francia y consintió en que me enredase explicando los misterios del lucro; de las tarifas, de las averías y del peso limpio. Hasta aquel momento no tuve porqué quejarme mucho de mi memoria, á juzgar por el talante de mi padre nada contrariado; pero en